

CEÁN BERMÚDEZ, Juan Agustín, *Ocios y escritos sobre bellas artes y arquitectura*, David García López y Miriam Cera Brea (eds.), Gijón: Ediciones Trea, 2023, 384 pp.

Hasta no hace tantos años, Juan Agustín Ceán Bermúdez era el autor de una biografía que glorificaba la figura de Gaspar Melchor de Jovellanos, convertido en ese texto y en el que le dedicó Isidoro Antillón en el más importante mártir laico de la Ilustración y la revolución españolas. Ceán figuraba en la historia de la cultura nacional como un personaje secundario, secretario o vicario de la figura máxima que era Jovellanos. En esto era similar a Martín Sarmiento, considerado durante mucho tiempo como la sombra o el colaborador necesario de Benito Jerónimo Feijoo, y no como el intelectual de talla internacional que fue.

Esta distribución de papeles, en el caso de Ceán Bermúdez, se ha quebrado desde hace ya algún tiempo gracias a los trabajos de Elena Santiago Páez, Daniel Crespo Delgado y David García López, que han puesto a disposición de los interesados diferentes obras del asturiano y lo han convertido en lo que fue, el primer historiador de las bellas artes españolas, de la arqueología, y de la arquitectura, gracias a la edición que hizo de las *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España*, de Eugenio Llaguno, aspecto este estudiado por Miriam Cera Brea en su libro sobre el papel de la arquitectura en la construcción de la identidad nacional española.

En los últimos tiempos, David García López ha liderado diferentes proyectos y centrado su investigación en

el surgimiento de la historia del arte en España y en el papel pionero que Ceán Bermúdez desempeñó en este proceso, con notables aportaciones, siendo uno de sus últimos trabajos en este ámbito la edición en 2020 de la correspondencia entre éste y José de Vargas Ponce, amigo y colaborador decisivo a la hora de acopiar materiales y noticias para la redacción del *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las bellas artes*, la obra que está en la base de la historiografía del arte en España.

En el paso del siglo XVIII al XIX, y en consonancia con lo que sucedía en el resto de Europa, Ceán Bermúdez puso los fundamentos del sistema historiográfico sobre el arte en España, prestando atención tanto a los pintores como a los arquitectos, a los escultores y grabadores. De hecho, era famosa su colección de estampas. Mientras se ocupaba del estudio y edición de textos “mayores” como los señalados, prestaba igualmente atención a la producción de otros de menor ambición historiográfica porque eran trabajos de divulgación, pero del mayor interés por el tono que eligió, por el formato nuevo en que se expresó y por el medio en el que publicó varios de ellos. Ceán se propuso llegar a más público, y para ello empleó la prensa periódica y el formato del folleto y del ensayo periodístico, a menudo en forma de supuesto diálogo lucianesco entre diferentes artistas ya desaparecidos. Si, como digo, esto le permitía llegar a un público potencial más amplio, también le ofrecía la posibilidad de tratar los asuntos de modo más libre y cercano. Al utilizar este registro, se sumaba a la tendencia iniciada en las décadas finales del

siglo XVIII gracias al cambio de los lenguajes que se empleaban para dirigirse a los lectores y para hablar de las materias científicas y culturales. Quizá, por esto mismo, merezca la pena reparar en el uso de la palabra “ocio” como forma de denominar algunos de esos trabajos, pues varios fueron los autores que se valieron de ella para referirse a sus actividades literarias, aparentemente, menos importantes, de entretenimiento, como destacaba el *Diccionario de Autoridades*, pero con los mismos objetivos que Ceán después. Así, José de Cadalso lo hizo para titular sus poesías: *Ocios de mi juventud*; Jerónimo Martín de Bernardo, para sus *Ocios de mi arresto, o correspondencia mitológica*, tratado didáctico sobre mitología, a los que se pueden sumar otros ejemplos. La denominación alude al uso divertido y útil del tiempo, al empleo de un lenguaje cercano al tratar materias serias. Y esta senda siguió Juan Agustín, para el que dedicarse a redactar esos entretenimientos era una forma de descanso, de olvido de la desagradable realidad en torno, “desnudo de carne, de las pasiones y deseos”, en recuerdo del viejo tópico clásico.

Los textos que aquí se publican se escribieron entre 1812 y 1822, precisamente en momentos no solo de crisis políticas, sino de cambios notables en las estructuras culturales de la época, en coincidencia con el ascenso del lector y del espectador, del público, como referente de artistas, literatos y políticos, y mientras se potenciaba el papel político de la cultura y del pasado como elementos identificadores de la nación.

Por eso, recuperar figuras destacadas del arte nacional, de “artistas

muestrados”, como hizo Ceán en diferentes diálogos, se convertía en un acto de patriotismo, de servicio a la nación, para lo cual era determinante servirse de instrumentos que dieran publicidad a los textos y facilitaran su divulgación entre aficionados y curiosos, ampliando así el alcance de sus obras eruditas, pues estas más breves y directas podían servir de estímulos para ampliar más en aquellas. Estos textos tienen por protagonistas al arquitecto de El Escorial, Juan de Herrera, convertido en gloria nacional; a Carreño de Miranda, a Alonso Cano y a Berruguete, y plantean asuntos importantes entonces, como la primacía entre la pintura y la escultura, los orígenes y desarrollo de la escultura, junto a cuestiones más concretas como el análisis de algunos cuadros y bajorrelieves, la necrológica del grabador Pedro González de Sepúlveda y un discurso sobre el churriguerismo, concepto que, como se sabe, era una beligerante declaración de principios estéticos.

Los editores han actualizado ortográficamente los textos y en ocasiones han incorporado variantes de interés, pues existen copias diferentes de algunos de ellos. Para presentar estas obras de Ceán han redactado dos capítulos introductorios. El de Cera Brea es un recorrido que se centra en los ocios dedicados a la arquitectura, destacando su aportación a la historia de esta materia y al papel que la “Vida de Herrera” jugó en la vindicación del arquitecto como figura central de la historia de las bellas artes nacionales. Por su parte, el de García López contextualiza al autor como hombre de letras en el convulso periodo de las primeras décadas

del siglo XIX, en las que, junto a las tensiones bélicas y políticas conocidas, se siguen desarrollando las tendencias culturales borbónicas. De esas iniciativas se beneficiaron las bellas artes, mediante la creación del Museo del Prado, mediante publicaciones, mediante el aumento de noticias en la prensa, exposiciones de pintura, y gracias a proyectos de museos y centros culturales que no siempre llegaron a buen puerto, pero que creaban un estado de opinión y discusión que daba mayor visibilidad a las artes, a los artistas, a los críticos, a los aficionados y a los aún no denominados historiadores, si bien Ceán fue así llamado por uno de los periodistas que en el extranjero dio cuenta de su fallecimiento. Ceán Bermúdez, como señala David García, supo aprovecharse de este impulso, tanto como contribuir a él, desde la Real Academia de San Fernando, la de la Historia y desde su puesto en el Ministerio de Negocios Eclesiásticos.

En estos escritos más breves repasó la historia de las artes y las acercó a los interesados, del mismo modo que otros habían escrito obras que divulgaban ciencia, matemáticas, botánica. Con ellos se sumaba a las labores para que las bellas artes tuvieran más espacio en la esfera pública. Conviene destacar esta labor suya como publicista porque no todos los investigadores ni todos los profesores son capaces de cambiar su registro lingüístico y escribir en un tono y para un público diferente del habitual entre colegas.

En su introducción, García López da cuenta de la importancia que tienen estas piezas, de su suerte en el siglo XIX, así como de parte de los

bienes bibliográficos de Ceán y de sus colecciones, puestas a la venta por sus hijos tras su muerte. Son interesantes páginas, con noticias novedosas, en las que intervienen personajes como José Musso, Martín Fernández de Navarrete, Valentín Carderera, Cruzada Villaamil y Zarco del Valle, sobre el destino que tienen las obsesiones e intereses de los individuos al final de sus vidas, sobre cómo aquello que fue el centro de sus vidas resulta no significar nada para sus herederos. A continuación, las páginas introductorias se resuelven en una biografía intelectual del autor al hilo del análisis de los diferentes trabajos editados. Se destacan sus peculiaridades y su significación en la historia del arte, en las labores de Ceán y en los momentos vitales en los que los escribió, pues conoció la persecución política tras la guerra de la Independencia, aunque finalmente fuera depurado.

Se destaca así mismo de estos escritos en apariencia frugales el que respondan también a los principios metodológicos modernos que caracterizaron el hacer de autor: por ejemplo, el uso de fuentes veraces y el abandono de la fábula para rellenar los huecos de la historia. En esto, como en otros aspectos, Ceán estaba en el pelotón de cabeza de los renovadores de la historiografía nacional. Como había reclamado Martín Sarmiento, se hacía “otra” historia de España, no solo la que tenía como protagonistas a los grandes héroes y a las batallas, y así, a ella se incorporaba también la de su cultura. El pasado –los artistas muertos que conversan en sus diálogos– se convertía en historia y esa historia respondía a los criterios y a las necesidades

contemporáneas. Esta última instancia, relacionada con el patriotismo de los ilustrados, es evidente en la “Respuesta de don Juan Agustín Ceán Bermúdez a M. H. Le Bas, arquitecto de París”, donde se rebaten las noticias que hacían a arquitectos franceses e italianos responsables de la construcción del monasterio de El Escorial. La peripecia que dio pie a este escrito se reconstruye en estas enjundiosas páginas, que a la postre proporcionan una muy centrada imagen del personaje y de su época, del modo en que un intelectual es capaz de desarrollar una nueva actividad –la de historiador del arte– en la España que transita los diferentes escenarios proporcionados por los borbones del XVIII, José I y luego Fernando VII.

La actividad de Ceán Bermúdez, así como la introducción a estos escritos sobre bellas artes, dan cuenta de cómo se profesionalizaba la práctica intelectual en las diferentes ramas del árbol de la ciencia, gracias, en parte, a la prensa periódica y al desarrollo del mundo editorial. Más tarde estas actividades pasarían al mundo universitario. *Ocios y escritos sobre bellas artes y arquitectura* son un elemento más para conocer esta figura que fue Ceán Bermúdez y son, así mismo, de modo indirecto, una contribución importante para cartografiar el modo en que se levantaba el espacio público de las bellas artes.

Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS